**Galería de personajes. Manuel, el calahorreño**

José María Becerra Hiraldo

 Catedrático de Lengua Española

Me voy pa casa. Ya está bien del huerto por hoy. Y yo, digo. Si me querrán bien estos parientes. Si será verdad. ¡Mira que la gente cavila! Mi Isabel a sus diecinueve años, liada. Y el papelito dice: «Vigila a tu niña, que se va al pajar del huerto con un muchacho». El papel me lo había dado Paco, pero mi otro primo Andrés también me dijo algo de por la hora de la siesta. Eso…, cómo va a ser mi hija, en un pueblo del Marquesado como este… Eso es alguien que me quiere mal, que me quieren echar mal de ojo.

Me voy a lavar un poco y luego al vinillo del tío Frasco. Buenos vasos de tinto de la Alpujarra. Hasta los topes. Y después al plato caliente de trompitos de mi Teresa. «Vamos, Manuel, me dice, que se enfría». Son los garbanzos de la vega. Tiernos, tiernos.

Han tocado a la puerta. Llama una mujer de voz entrecortada y chillona. Pasa y sin saludar dice que nos trae las bragas de mi Isabel. Que estaba en el pajar con su marido Lucas, revolcándose sobre una manta en el suelo. Traía las pruebas, traía la bilis, traía el despecho. Y dio un portazo. Aquel día negro no comimos. El hambre se esfumó por la garganta. Me dolía el brazo. Teresa no se lo creía, pero la prenda estaba sobre la mesa. La miré una y otra vez. No quería tocarla. Teresa quería hacer borrón y cuenta nueva. Me daba pereza pensar. Las piernas querrían correr. Las ventanas del comedor me miraban. El techo estaba frío. Mi mujer decía que la gente hablaría, que la gente lo sabría. Cerró la puerta. Esperamos a que viniera mi Isabel. Yo me acosté a la siesta. No quise saber nada de nada.

En las fiestas de san Gregorio no quise ni ir a la arquilla del vino. ¿Lo sabría la gente? Me encontré con mi primo Paco y ya no hubo manera. Tuve que ir. Entre copa y copa, alguien dijo que Lucas se había deseparado de su mujer, que ella lo había echado de casa y se había quedado con los dos niños pequeños, que con el estanco y el horno de su padre tenía pa comer. Esa misma tarde, comentaban, había mandado con la Peregrina una caja de cartón con la ropa de Lucas y un bolso sucio y desollado de deportes con algunos zapatos y alpargatas. Se me derramó el vaso y me pidieron otro. El tío Frasco de forma lenta me invitaba a beber. Tenía la mirada blanda.

En casa de Lucas hubo trifulca. He oído que las voces se escapaban por la chimenea. Pero todos en el bar La Esquina sirviendo. Todos callados como putas. En mi casa decidimos llevar a la niña a estudiar a Granada, pa maestra. Isabel asumió la encomienda. Seria, avergonzada, estaba por marcharse del pueblo.

 Me está matando esta enfermedad. A mis años. Cáncer de colon, como tantos otros del pueblo. Y que no derive a otros sitios del cuerpo. Tengo que resistir. Tengo que ayudar a mi mujer imposibilitada. Los niños van trampeando la vida. Mis nietos me adoran. Son guapos los condenados. Me tomo vasos de vino algunas tardes en el bar de La Esquina. Ahora, veinte años después, no tan grandes por lo del colon. Los móviles son escandalosos y muy traidores. Dice la dueña del bar que ella no ha pedido ninguna mercancía. Que para las fiestas ya tiene. Que no. Vuelven a repicar los timbres. Su hija grita, se oye en el aparatillo temblar que son varios paquetes grandes, que están en la puerta de la casa del barrio. La dueña abre los ojos saltones. ¡Cuánto vale!, ¡de qué son!, ¿pesan mucho? Un bolso sucio y desollado de deportes. Que no. Acepta que venga la furgoneta. Al bar llega una furgoneta blanca. Parece de transporte, pero sin letreros en la chapa. Llegan dos mozalbetes, uno con gorra y gafas del sol. Dicen que traen la mercancía. Que les han encomendado a porte pagado entregarla en la casa, no en el bar. La dueña acepta que la depositen junto a la barra. Son tres cajas grandes, de poco peso y mucho volumen, una caja de cartón con la ropa de Lucas. y un bolso sucio y desollado de deportes con algunos zapatos y alpargatas. La dueña pide factura, sospecha mercancía robada. Los encargados del transporte piden por satélite un albarán. Todos los presentes en la barra estaban callados. Veo que la dueña ha reconocido la propiedad del bolso. La dueña alterada, entra y sale de la cocina. Grita, pregunta que quién manda la mercancía. Los chicos no tienen respuesta. Dicen que es a porte pagado. Lucas, recién operado de corazón, no tiene voz, mira hacia el infinito. Le dice algo a su hermana, la dueña del bar. Dicen que su mujer lo depositó en el Ruiz de Alda, no quiso saber de él los dos meses de operaciones. La dueña del bar sale a la calle. Entra. Sale a la calle.

Me voy a casa. Tengo que pasear a la Teresa.